

A salvo de la guerra y de las olas

A Roger

Ya los demás, los que se habían librado de una muerte por la espalda, estaban por fin en casa, a salvo de la guerra y de las olas.

Odisea, Canto I

... no deberíamos describir con minuciosidad al hombre más importante de su época, o indicar a los que fueron más célebres en el pasado, sino narrar con la misma preocupación las existencias únicas de los hombres, tanto si fueron divinos como si fueron mediocres o criminales.

Marcel SCHWOB, *Vidas imaginarias*

— Su madre —me contó Iris en una noche de insomnio— tenía una taberna en la parte baja de la pequeña ciudad, cerca de la catedral. Los soldados la frecuentaban los días de permiso, y hasta un coronel —no muy sebooso para ser un coronel— le calentaba las sábanas los días más fríos de invierno, los días de densa niebla, cuando la claridad diurna no despuntaba hasta pasadas las doce del mediodía. Con tres años aún no cumplidos, Biel se encogía bajo el mostrador y contemplaba los zapatos de su madre. Si los que llevaba puestos eran los de cordones plateados y tacón dorado, no le daría de puntapiés, pues era señal de que había pasado la noche con el coronel. Si eran alpargatas lo que llevaba, significaba que había dormido con el pastor de la flauta rota y que estaría de malas pulgas todo el día.

ψ —No me vengas ahora con un drama rural —le espeté a Iris esbozando un bostezo.

—Si hubieses leído *Solitud*, que no la has leído, adivinarías qué simboliza la flauta —dijo Iris.

—Símbolo que sólo descubriría un crítico sin demasiada imaginación... Pero, bueno, sigue con la historia.

—Cuando su madre llevaba las zapatillas en chancletas, eso significaba que se sentía pecadora: se había acostado con el cura. Aquel cura, que después murió asesinado durante la guerra, era de otra ciudad, más allá del valle, le llevaba miel y avellanas a Biel. Si andaba de buen humor, le leía trozos de la *Odisea*. Nunca pasó del Canto Primero: siempre iba con prisas.

»Un día su madre tardó en bajar, y cuando llegó llevaba una zapatilla y una alpargata. Viéndole los pies, Biel se dio cuenta de que sollozaba. Salió poco a poco de debajo del mostrador y observó que llevaba un collar de tres vueltas, regalo del coronel. El coronel se iba a África. Antes de marcharse le regaló su ros y una medalla de latón.

»Cuando desaparecieron los soldados, llegaron los actores. Traían en su cartelera las obras que tenían éxito en Barcelona, se quedaban hasta las tantas de la madrugada y bebían vino del mejor. La madre ya no se ponía los zapatos de cordones plateados y se sentaba a la mesa de la gente de teatro a escuchar lo que contaban. Los actores la hacían reír y ella ya no subía a la habitación con ningún hombre. Le recitaban también fragmentos de Guimerà, Pitarra y Rusiñol, parodiando a los actores más famosos de la época. Ganimedes, uno de los actores más viejos, ojeroso y pálido, un día disfrazó a Biel de pirata y le hizo aprender de memoria el famoso monólogo de Said en *Mar i cel*.

—¿Qué monólogo? —le pregunté medio dormida a Iris. No sabía cómo decirle que la historia no me interesaba demasiado.

—Espera —dijo Iris levantándose de la cama—, voy a ver si lo encuentro en el estante de los libros de teatro.

Iris volvió con un libro delgado y se tumbó de nuevo en la cama. Lo hojeó hasta encontrar la página que buscaba.

—Empieza así, escucha:

*Sempre parlant d'honor, i sempre als llavis
posant-se un Déu que a cada instant trepitgen.
Miserable, felló!... Mos fills, veieu-lo:
és de la taifa d'aquells vils que un dia,
hipòcrites parlant d'amor als homes,
nos xuclaren la sang; ni en les estables
nos deixaren un lloc vora les bèsties;
i avorrits com mesells, i a la ventura,*

*nos llençaren pel món, sense cor, negant-nos
fins per morir en pau un clot de terra.**

—Vaya —dije yo—. Suena como de antes de la guerra.

—Déjame seguir con la historia —dijo Iris algo picada.

»La imaginación de Biel se llenaba por las noches de aventuras fantásticas a partir de la imagen del pirata Said, el morisco desarraigado que traicionó sus principios de venganza por amor a una cristiana. Ganimedes le decía al muchacho que los actores son personas como las demás, pero que si les da el crac se convierten en reyes encima del escenario, y que lo más difícil era tener el don de convertir en escenario los espacios menos adecuados. Esto sólo lo consiguen, añadía el viejo, los que tienen el crac. El chico quería saber qué era el crac y el viejo cómico contestaba: "Es la emoción que ilumina la palabra desnuda. Pocos lo logran."

»Los actores enseñaron a Biel a disfrazarse, tanto de pirata como de caballero cristiano, y una noche en que su madre estaba de buen humor le pusieron los zapatos de cordones plateados y tacones dorados y lo convirtieron en Ofelia. La madre bajaba la puerta metálica de la taberna más temprano y ya no recibía ni al cura ni al pastor de la flauta rota, de modo que no pienses que lo que te cuento es un drama rural. La mujer escuchaba a los actores mientras acariciaba el collar de tres vueltas. Y si le preguntaban quién se lo había regalado, siempre se encogía de hombros y dejaba caer los párpados de tal manera que aplaudían a rabiar. Entonces su hijo, que ya tenía diez años, se ponía el ros del coronel y la sacaba a bailar.

* «Siempre hablan de honor y siempre tienen en los labios / el nombre de un Dios que a cada instante pisotean. / ¡Miserable, canalla!... Miradle, hijos míos: / es de la taifa de esos viles que un día, / hablando con hipocresía de amor a los hombres, / nos chuparon la sangre; ni en los establos / nos dejaron un sitio junto al ganado; / y como a apestados nos echaron a la ventura, / al ancho mundo, / sin piedad, hasta negándonos / un hoyo en la tierra para morir en paz.»

»Biel seguía todas las obras de teatro que los actores representaban en la ciudad, pero se aburría con las comedias de la época o de finales de siglo. Las tragedias le volvían loco, pues exigían suntuosos disfraces e interpretaciones sublimes. También se aburría con el “senyor Esteve”, demasiado conocido para suscitar admiración. En la pequeña ciudad había un montón de tenderos que eran una copia calcada del “senyor Esteve”. Tampoco apreciaba a Manelic; le recordaba el pastor de la flauta rota, el culpable de que su madre bajara ceñuda de la habitación, de mal humor y con alpargatas en los pies. Pero nunca logró ver *Mar i cel*, y nunca supo cómo recitaban los versos de Saïd los actores que tienen el crac.

»Al estallar la guerra los actores se esfumaron. Cuando llamaron a filas a la quinta de Biel, la de los diecisiete años, su madre quería esconderlo en un pajar —el mismo donde había metido al cura, aunque sin poder salvarle la vida—, pero lo descubrieron y, después de tenerlo quince días en un cuartel de Barcelona, lo mandaron adonde la batalla era más dura, cerca de Ascó, a orillas del Ebro. Aquí te ahorraré los detalles de la guerra, porque las mujeres no tenemos ni idea de lo que son esos líos. Sólo te diré que se pasó meses y meses en una ladera llena de bancales, en el barro, entre viñas abandonadas, unas veces arriba y otras abajo, dependiendo del avance de las tropas que tenían delante y que ya dominaban la cresta de la sierra de enfrente. Los de su brigada, que era de choque, se arrastraban como lagartijas, se las apañaban como podían, se morían de hambre y de frío, y no sabían del todo quién los mandaba. De vez en cuando, algunos se resguardaban en una trinchera y jugaban a cartas. Biel tenía pocas nostalgias, pero recordaba el lenguaje del calzado de su madre y las tiradas que recitaban los cómicos. Era demasiado joven para archivar añoranzas.

»Una mañana gélida llegó un nuevo oficial a caballo y les dijo a grandes voces que las vacaciones habían terminado, que aquello no era un balneario. Les dijo también que el enemigo

tenía tanques, y muchos, y que a ellos les tocaba destruirlos con bombas de mano. Que si no se los cargaban con bombas de mano, los fusilaría a todos. Y el enemigo, claro, llegó un día con los tanques, pero ellos no los destruyeron con bombas de mano. La mitad murieron antes de verlas venir, y la otra mitad huyeron después de ensuciarse los pantalones.

—Eso te lo imaginas tú.

—No es tan difícil: me pasé media adolescencia leyendo las *Hazañas bélicas*.

—Yo también. Te inventas lo que pasó en la batalla del Ebro. O más bien le atribuyes las historias de alemanes y americanos, con dibujos de Boixcar, los mejores.

—Sí... Los japoneses siempre eran malos. No sé si por ser amarillos. Los alemanes, depende. Los americanos siempre eran buenos.

—La historia más repetida era aquella en que un americano y un alemán se encontraban en medio de un bosque, solos, desesperados, hambrientos y con la cara llena de barro. Entonces se hacían amigos. Y decían frases como «por encima de cualquier idea, somos seres humanos».

—Exactamente.

—Nos hemos pasado media vida leyendo esta clase de historias, historias que tratan de grandes amistades entre hombres. O viendo películas del Oeste que también trataban de grandes amistades entre hombres.

—Claro...

—Y por eso tú ahora no me sabes explicar una historia diferente. Seguro que Biel se perdió por la sierra de Cavalls, y allí se encontró al coronel, el que le había regalado el ros. Y éste va y le dice: «¡Hijo mío! ¡Soy tu padre y estamos en bandos opuestos!»

—No, no se encontró nunca más con el coronel. Ya te dije al principio que se fue a África...

—¿Y qué? ¿Acaso no te inventas esta historia para que yo me duerma?

—Esta historia no me la invento.

~~Pruébamele.~~

—Déjame continuar.

»Hubo, pues, una terrible batalla, una batalla muy cruel. Los tanques avanzaban, y nuestro héroe soltó el máuser y se escondió en una trinchera medio cubierta de barro y piedras, deseando que la tierra se lo tragara y con los pantalones empapados. Hundió la cabeza entre el barro y los pedruscos y se dispuso a esperar. No sentía rabia ni odio, sino que más bien estaba asqueado de la aventura. Los expertos en asuntos bélicos dicen que ésta es la actividad menos adecuada para ir a la guerra. Luego oyó el ronroneo de un avión y rogó a Dios que fuera de los suyos. Efectivamente, lo era, pero pasó de largo, debía de ser uno de esos aviones que hacen vuelos de reconocimiento, contemplan los destrozos y luego van a los que mandan a contárselo todo. Por encima de su cabeza oyó silbidos estridentes y estallido de granadas. Según la duración del silbido sabía dónde caía el proyectil, si lejos o cerca. Para entretenerse, jugó a adivinar las distancias por el ruido de cada proyectil. Pero pronto se aburrió. Luego, un silencio. Un silencio prolongadísimo. Tardó horas en levantar la cabeza, no se atrevía. Pensaba "mientras tenga la cabeza bien hundida, no me verán". No sabemos si estuvo un día entero en aquella posición. Pero el silencio continuaba, denso y pesado. Y pensó también que tal vez estaba muerto y no lo sabía.

—Se ve que esto lo piensan muchos, en las guerras.

—Por fin —prosiguió Iris sin escucharme—, después de horas y más horas de permanecer así, con la cabeza hundida, empezó a mover primero los brazos, luego el cuello y finalmente las piernas. Todo lo tenía intacto. Y se dio cuenta de que estaba vivo porque se moría de frío. Alzó la cabeza y miró. Y entonces lo vio.

—¿Qué es lo que vio?

—Al moro. Estaba a su lado, destripado, con la boca abierta y los ojos de par en par. No parecía apenas respirar. Se le acercó y el moro hizo un ligero movimiento. Biel se asustó, pero en seguida se percató de que el moro estaba muerto y bien muerto y que se había movido porque él había provocado, al moverse, un ligerísimo corrimiento de tierras. Entonces se puso a reflexionar: era muy claro que los de enfrente habían ganado la batalla; por tanto, llegarían pronto, y si lo encontraban le pegarían un tiro en la nuca. Decidió ponerse el vestido del moro y apostarse en espera de su llegada. Estuvo disfrazado de moro un rato que, dadas las circunstancias, le pareció eterno.

—Los que relatan guerras siempre dicen lo mismo: allí el tiempo tiene una medida distinta.

—Durante aquel rato —dijo Iris— no oyó ningún ruido, hasta que le llegó de lejos el de unos pasos vacilantes que se arrastraban, y también el de los cascos de unos caballos. Ocultó el rostro bajo los brazos, pero alguien, con la culata del fusil, le hizo levantar la cabeza. ¡Era de los suyos! ¡Nada menos que un coronel! Entonces se dio cuenta de que, mientras lo esperaba, se había hecho mayor. Se levantó y, mezclando su aliento con el del coronel, le susurró: «Me llamo Said.»

»Pero Biel no era un muchacho con suerte. Aquel coronel del bando republicano no había visto nunca la obra de Guimerà. Era de Calahorra y supuso que se trataba de un espía que se hacía pasar por loco diciendo extrañas frases sin sentido. Se lo llevó al lugar donde estaba acampado su regimiento, a la otra orilla del río. En una ermita de paredes encaladas, y bajo la luz de una lámpara de gasolina, lo sometieron a un consejo de guerra sumarísimo. En aquellas circunstancias todos los consejos de guerra tenían carácter de urgencia. ¿Por qué se había vestido de moro? Si era del ejército republicano como decía, habría debido tener fe en la victoria. Habría tenido que luchar hasta el final, como había hecho el oficial de su brigada, que yacía junto a un tanque chamuscado. Conclusión: o era un espía o un derrotista. Ninguno de ellos tuvo

en cuenta que a los diecisiete años hay cosas difíciles de explicar.

»Lo fusilaron de madrugada. Antes de oír el primer disparo, contempló el escenario, las sombras del pelotón que tenía delante, unas sombras rosáceas, apenas perfilándose con la claridad de los primeros rayos de sol. Entonces tuvo un arranque y empezó a recitar los versos de Said:

*... i avorrits com mesells, i a la ventura,
nos llençaren pel món, sense cor, negant-nos
fins per morir en pau un clot de terra.**

»Los soldados no le aplaudieron. No tuvo tiempo de comprobar si él había recibido el don del crac. Justo cayó en el momento en que se sentía más lleno de vida.

»Esta historia me la contó el abuelo sin saberlo papá. El abuelo logró regresar sano y salvo de la guerra. Pero papá, que tenía una droguería en la pequeña ciudad, le hacía callar en cuanto empezaba a hablar de la guerra. El abuelo solía contármelo en un mar de viñas cultivadas, de pámpanos relucientes, lejos de casa.

»Y ahora, duérmete —acabó diciendo Iris—, que esto pasó hace mucho tiempo y poca gente lo recuerda.

No estoy segura de si Iris me dijo estas últimas palabras. Lo que sí sé es que se apoderó de mí un sueño muy dulce. Y es que hay historias que, al ser tan viejas, concitan agradablemente el sueño en tiempo de paz.

Por esto ahora te lo cuento a ti, que vives a salvo de la guerra y de las olas.

* «... y como a apestados nos echaron a la ventura, / al ancho mundo, sin piedad, hasta negándonos / un hoyo en la tierra para morir en paz.»